



## INFORME

# “TENGO EL TIEMPO PARA HACER LO QUE YO QUIERA”. EXPERIENCIAS DE MUJERES NO CUIDADORAS EN BOGOTÁ

Julio de 2022\*

Natalia Ramírez-Bustamante  
Paola Camelo-Urrego  
Carolina Gómez-Méndez

\* Este informe es una versión actualizada en agosto de 2022 como resultado de los cambios sugeridos por las asistentes al encuentro Investigar el cuidado en Colombia: la academia en diálogo con las organizaciones de la sociedad civil.

### **Natalia Ramírez-Bustamante**

Abogada y filósofa con maestría en derecho de la Universidad de los Andes (Colombia). LL.M. y Science Juris Doctor de la Universidad de Harvard (EE. UU.). Profesora asistente de la Facultad de Derecho de la Universidad de los Andes (Colombia). Directora del Semillero de investigación Trabajo y Derecho. Correo electrónico: ramirezb@uniandes.edu.co

### **Paola Camelo-Urrego**

Politóloga con Maestría en Sociología de la Universidad de los Andes (Colombia). Correo electrónico: pa.camelo10@uniandes.edu.co

### **Carolina Gómez-Méndez**

Politóloga con Maestría en Sociología de la Universidad de los Andes (Colombia). Correo electrónico: mc.gomez@uniandes.edu.co

 @cuidadoygenero

 [quanta@javeriana.edu.co](mailto:quanta@javeriana.edu.co)

 [www.cuidadoygenero.org](http://www.cuidadoygenero.org)

**Para citar este informe utilice el siguiente formato: Ramírez-Bustamante, N., Camelo-Urrego, P. y Gómez-Méndez, C. (2022). “Tengo el tiempo para hacer lo que yo quiera”. Experiencias de mujeres no cuidadoras en Bogotá. Quanta Cuidado y Género. Recuperado de: <https://cuidadoygenero.org/mujeres-no-cuidadoras-bogota>**

Imagen de portada: pixabay.com

El cuidado es una actividad que se proporciona a todos los seres humanos en varios momentos de la vida y es indispensable para el desarrollo individual y el bienestar social. Principalmente, son las mujeres quienes proveen el cuidado de manera no remunerada en los hogares. Esto se debe a que, dentro de la división sexual del trabajo, se les ha asignado a las mujeres el cuidado como una obligación y no se ha visibilizado como una actividad que contribuye al sostenimiento de diferentes esferas de la vida, la economía y de la sociedad. Por lo tanto, al tener que asumir el cuidado como una obligación, las mujeres ven afectada su participación y permanencia en el mercado laboral.

No obstante, el aumento en los niveles educativos, de empleabilidad y de participación política de las mujeres, así como el descenso en las tasas de fertilidad, han incrementado la participación de las mujeres en el mercado de trabajo desde el siglo XX en Colombia (Villamizar 2011; Tribín-Uribe, Díaz-Pardo, Mojica-Urueña 2021). La literatura sugiere que las mujeres que participan en el mercado laboral y deciden no tener hijos o no tienen que asumir el cuidado de personas dependientes tienen más beneficios en términos económicos, de bienestar y de autonomía de tiempo frente a aquellas mujeres que cuidan y hacen parte del mercado laboral simultáneamente (Bertrand, 2013).

Este informe aborda la experiencia de 25 mujeres mayores de 30 años, que no tienen la responsabilidad habitual del cuidado de un tercero (ya sea un hijo, un familiar con discapacidad o una persona mayor), y que al momento de la entrevista estaban vinculadas al mercado laboral. El diseño de las entrevistas que realizamos buscaba explorar si la ausencia de las responsabilidades de cuidado influye sobre la participación de las mujeres en actividades económicamente productivas o remuneradas y de qué manera lo hacen.

Siguiendo la línea de investigación esbozada anteriormente, el equipo cualitativo de Quanta, Cuidado y Género ha preparado una serie de 5 informes, de los cuales este es el cuarto. Se realizaron 100 entrevistas con 4 grupos poblacionales para la investigación general. En las entrevistas se indagó por

los arreglos trabajo-cuidado y la distribución de trabajo no remunerado al interior del hogar. Cuatro informes presentan las experiencias de mujeres cuidadoras de niños menores de 12 años, cuidadoras de personas mayores de 65 años, cuidadoras de personas con discapacidad y mujeres no cuidadoras. Adicionalmente, realizamos un quinto informe donde comparamos las percepciones de bienestar que reportaron las mujeres de los cuatro grupos de entrevistadas. Todos los informes estarán disponibles en la página web de Quanta- Cuidado y Género.

Para la selección de las participantes de esta investigación elegimos parte de nuestra población de interés a partir de la clasificación realizada por la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT, 2017), que era la Encuesta de Uso del Tiempo disponible cuando trabajamos en este diseño muestral, sobre las poblaciones que requieren cuidado en Bogotá (niños menores de 12 años, personas mayores de 65 años, personas con discapacidad y personas enfermas). Nos enfocamos en los tres primeros grupos y excluimos el cuarto dado que, la conformación del grupo “personas enfermas” carece de claridad conceptual sobre qué tipo de enfermedades están incluidas y cuáles excluidas. Adicionalmente, el cuidado a las tres primeras poblaciones requiere de un número mayor de horas al día por periodos<sup>1</sup> más largos de tiempo , pues presentan una situación de dependencia y de mayor necesidad de cuidados requeridos.

Según datos de esta encuesta, el 53,74% de las mujeres mayores de 18 años, cuidadoras en Bogotá, cuidaban a niños menores de 12 años, el 17,45% a personas mayores de 65 años y el 4,51% a personas con discapacidad. Intentamos reflejar esta distribución en nuestra muestra, aunque decidimos no hacer el mismo número de entrevistas de acuerdo con los porcentajes iniciales de la ENUT dado que después de 15 entrevistas en cada grupo comenzamos a observar saturación de información<sup>2</sup>. Tratamos de lograr la equivalencia en la medida en que entrevistamos a más mujeres cuidadoras de niños menores de 12 años y menos entrevistas a cuidadoras de personas mayores y de personas con discapacidad. Entrevistamos, así, a 33 mujeres cuidadoras de niños menores de 12 años, 19 cuidadoras de personas con discapacidad, 23 cuidadoras de personas mayores de 65 años, e incluimos un grupo de 25 entrevistas con mujeres no cuidadoras, mayores de 28 años ocupadas en

---

1 Al procesar la ENUT (2017) se puede evidenciar que, en Bogotá, las mujeres mayores de 18 años cuidadoras de niños menores de 12 años dedican, en promedio, 6 horas y 32 minutos al día en dicha actividad, las cuidadoras de personas mayores de 65 años 3 horas y 41 minutos, las cuidadoras de personas con discapacidad 6 horas y 50 minutos y las cuidadoras de personas enfermas 3 horas y 28 minutos.

2 Esto se da cuando la recopilación de más datos e información ya no genera nuevos conocimientos teóricos ni revela nuevas propiedades de las categorías teóricas centrales (Charmaz, 2006).

un trabajo remunerado formal o informal. Este último grupo de mujeres no cuidadoras sirve para ofrecer un contraste con las experiencias y decisiones de vida de las mujeres cuidadoras acerca de su participación en el mercado de trabajo.

En nuestra búsqueda de mujeres no cuidadoras queríamos incluir mujeres que no sólo no tuvieran responsabilidades de cuidado sobre algunos de los grupos ya mencionados sino que tampoco tuvieran hijos. La última condición de inclusión se debía a que nos interesaba indagar por las razones por las cuales las mujeres no habían tenido hijos. Así, para elegir el rango de edad de las mujeres no cuidadoras que entrevistaríamos, decidimos construir una encuesta de filtro. Entre las preguntas que hicimos a las posibles participantes indagamos por la siguiente información: edad, ocupación y la razón por la cual no habían tenido hijos hasta ese momento. Esta encuesta nos mostró que, en promedio, la mayoría de las mujeres menores de 28 años no habían tenido hijos porque todavía estaban estudiando un nivel educativo inferior al posgrado. Además, varias de ellas no participaban en ese momento del mercado laboral, por lo que consideramos que tampoco tendrían experiencia laboral que era otro de los temas que nos interesaba explorar. Por todo lo anterior y teniendo en cuenta que nuestro interés era saber por qué algunas mujeres trabajadoras deciden no tener hijos del todo o durante un período de su ventana de fertilidad, decidimos entrevistar a aquellas mujeres que tenían entre 28 años y 40 años, que no se encontraban cursando un nivel educativo inferior a un posgrado y que tenían un empleo económicamente remunerado.

Para ofrecer claridad metodológica, asumimos que una mujer no cuidadora es aquella que se autoidentifica como tal, no asume cuidados no remunerados de menores de 12 años, de personas con discapacidad y/o de personas mayores de 65 años y, además, no emplea más de 75 minutos al día en el trabajo doméstico en sus hogares. Por estas razones, las no cuidadoras son mujeres que no realizan actividades reproductivas por mucho tiempo al interior de sus hogares y esto les permite tener rutinas diarias destinadas a desempeñar trabajos pagados. En la primera sección de este informe exploramos la definición de no cuidadoras y los criterios que nos permitieron llegar a esa definición.

Aunque inicialmente habíamos planeado un estudio en varias ciudades de Colombia, la coyuntura de la pandemia del COVID-19 nos llevó a reducir el alcance del estudio al ámbito local de Bogotá. El objetivo de las entrevistas realizadas fue identificar algunas de las particularidades de la relación entre el cuidado, la participación laboral y las decisiones sobre fecundidad entre un grupo diverso de mujeres en cuanto a nivel educativo, clase social, tipo de trabajo que desempeñan, estatus marital, entre otros factores (ver anexo 1). Finalmente, nos enfocamos en entrevistar únicamente a mujeres y no a hombres dado que, como la observación y parte de la literatura lo muestran (Folbre, 2006, 2018) y como lo corroboran los últimos resultados de la ENUT (2019-2020) (DANE, 2020),

las mujeres son quienes emplean más horas al día en el cuidado a otras personas.

La información cualitativa se recogió mediante entrevistas semiestructuradas que se obtuvieron a través del muestreo de bola de nieve con varios puntos de inicio. Las entrevistas citadas en este informe se realizaron entre el 3 y el 25 de noviembre del año 2021. Dada la coyuntura del COVID-19 y con el fin de proteger la salud tanto de las participantes como del equipo investigador, las entrevistas se realizaron a través de videoconferencia (en plataformas como Zoom, Meet y WhatsApp). La duración promedio de las entrevistas fue de 1 hora y 30 minutos, el audio de estas fue grabado con autorización de las participantes y cada uno fue transcrito usando el programa NVivo. Posteriormente, utilizando el mismo programa, las entrevistas fueron codificadas a partir de la selección de extractos de los testimonios de las mujeres participantes que fueron clasificados en 5 categorías: (i) Información sociodemográfica, (ii) Rutinas diarias de trabajo remunerado, ocio y división sexual del trabajo en la familia al momento de la entrevista, (iii) el proyecto de vida de las no cuidadoras; (iv) tensiones familiares del no cuidado y (v) tensiones laborales del no cuidado. Esta codificación se usó para la realización de este reporte.

Los nombres de las entrevistadas utilizados en este informe fueron cambiados con el objetivo de proteger su identidad. Este proyecto de investigación fue evaluado y recibió la autorización para su realización del Comité de Ética de la Universidad de los Andes, institución a la que pertenece la investigadora principal de esta línea del proyecto. Antes de iniciar cada entrevista, las participantes conocieron el consentimiento informado preparado para este proyecto y se les informó que su participación era voluntaria y que no enfrentarían consecuencias adversas en caso de decidir no continuar contestando el cuestionario planteado. Como incentivo para participar en la investigación y en reconocimiento por el tiempo invertido por las participantes, cada una de ellas recibió \$70.000 pesos.

Este informe está dividido en 5 secciones. En la primera hacemos una caracterización de las mujeres no cuidadoras. En la segunda mostramos las rutinas diarias de las mujeres participantes, que incluyen trabajo remunerado, trabajo doméstico y actividades de ocio y descanso. En la tercera sección describimos los proyectos de vida de las mujeres no cuidadoras, en la cuarta presentamos algunas tensiones que surgen entre el no cuidado y los contextos laborales y familiares de las entrevistadas, y finalmente, la quinta sección reúne algunos comentarios finales sobre el informe.



## 1. Caracterización de las mujeres no cuidadoras

La división sexual del trabajo ha asignado histórica y sistemáticamente las actividades reproductivas no remuneradas a las mujeres, que incluyen la reproducción biológica, el cuidado cotidiano, físico y emocional de la familia y de su entorno inmediato, y el trabajo doméstico (Benería 1979; Arango y Pineda 2012). Los trabajos de cuidado se dividen en varias categorías: (i) el autocuidado, como aquellas actividades que realiza una persona para su propia subsistencia; (ii) el cuidado directo, en el que una persona asume la responsabilidad de otra que no puede suplir sus propias necesidades básicas e instrumentales en su día a día; (iii) el cuidado indirecto o trabajo doméstico, que implica el mantenimiento del hogar y, por último, (iv) las actividades de voluntariado (Folbre, 2006; Tribín-Uribe, Díaz-Pardo, Mojica-Urueña, 2021).

A raíz de lo anterior, según la Encuesta Nacional del Uso del Tiempo, las mujeres cuidadoras no remuneradas son aquellas que, en promedio, dedican 3 horas y 42 minutos a las actividades de cuidado directo y 3 horas y 47 minutos al trabajo doméstico en el hogar (ENUT, 2017). Es decir, las mujeres cuidadoras dedican 7 horas y 49 minutos en promedio a actividades reproductivas no remuneradas en sus hogares, lo que equivale a una jornada laboral en el mercado de trabajo. Estas mujeres suplen las necesidades básicas de una persona dependiente tales como ayudarles a bañarse, vestirse, alimentarse y pasar tiempo juntos. Las cuidadoras también realizan actividades para el mantenimiento del hogar como lavar, limpiar y suministrar alimentos, cuidar mascotas, entre otros.

En comparación con lo anterior, consideramos que las mujeres no cuidadoras, por una parte, son aquellas que no realizan actividades de cuidado directo de manera sistemática o prolongada en el tiempo. Es decir, que no asumen la responsabilidad de cuidado de un tercero dependiente en su cotidianidad y, por lo tanto, no emplean su tiempo en esta actividad. Este tercero podría ser un hijo, un familiar con discapacidad y/o una persona mayor. Bajo este orden de ideas, las 25 mujeres entrevistadas para este informe cumplieron, por una parte, con la condición de no cuidar a ningún tercero dependiente en su día a día al momento de la entrevista, como se puede ver en el siguiente diagrama:

## No cuidadoras

Que hasta el momento no han asumido el cuidado de un tercero dependiente como cuidadoras principales, aunque esto pueda ocurrir en el futuro.

Que pueden haber asumido en el pasado el cuidado temporal de una persona cercana (hermanos, primos, sobrinos, padres, tíos, abuelos), pero no lo hacían en el momento en que se realizó la entrevista.

Que no tienen hijos y/o aplazan la maternidad porque privilegian otros elementos en sus proyectos de vida.

En general las mujeres no cuidadoras son aquellas que emplean muy poco tiempo en el trabajo doméstico no remunerado en sus hogares. Según el DANE (2020), cuando se comparan las cargas de trabajo doméstico no remunerado, las mujeres no cuidadoras disponen de 2 horas y 30 minutos más de tiempo al día que las mujeres cuidadoras para participar en el mercado de trabajo y realizar actividades educativas, de ocio y de recreación. Así, mientras que una cuidadora invierte, en promedio, 3 horas y 47 minutos en el trabajo doméstico no remunerado de su hogar, una mujer no cuidadora invierte, en promedio, 1 hora y 15 minutos al día, ya que dispone de 2 horas y 30 minutos para realizar otras actividades. Por lo tanto, una mujer no cuidadora asume la tercera parte de una carga de trabajo doméstico que una mujer cuidadora.

Así pues, las mujeres no cuidadoras entrevistadas no realizan trabajo doméstico, como lavar, limpiar, suministrar alimentos y cuidar de sus mascotas, entre otros, por más de 75 minutos al día. Esta información la obtuvimos al conocer las rutinas diarias de las entrevistadas y la distribución de su tiempo, tanto en días hábiles como en fines de semana. Si bien abordaremos a profundidad los testimonios de las 25 mujeres no cuidadoras en la siguiente sección para conocer sus rutinas, sus arreglos de trabajo y el trabajo doméstico no remunerado, en la siguiente gráfica se hace un resumen, a grandes rasgos, de cómo invierten su tiempo.

Actividad	Dedicación horaria
Trabajo remunerado	8 horas diarias o más
Actividades educativas, de ocio y descanso	Entre 1 y 4 horas diarias (entre semana).
Trabajo doméstico no remunerado (lavar la loza, la ropa o los baños, barrer, trapear, aspirar, limpiar, cocinar, pagar servicios públicos, hacer el mercado y cuidar de sus mascotas).	Algunas hablan de menos de una hora diaria. Otras hablan de una franja total de 4 horas a la semana.

Otra característica de las mujeres no cuidadoras es que participan activamente en el mercado de trabajo, ya sea con un empleo formal o informal. Esto quiere decir que el grupo de entrevistadas dedica la mayor parte de su tiempo a realizar actividades remuneradas. Sin embargo, el tipo de trabajo y la remuneración son variados para el grupo de no cuidadoras, puesto que sus niveles socioeconómicos son distintos. Los tipos de trabajo entre las mujeres no cuidadoras entrevistadas, entre otros, son de aseadoras, asistentes contables, analistas, docentes, funcionarias bancarias, periodistas, diseñadoras y abogadas. Los tipos de ocupaciones están relacionadas con el nivel educativo de las participantes, así como su rango de remuneración.

## 2. Rutinas diarias de las no cuidadoras y la división sexual del trabajo

Como se mencionó anteriormente, en este informe indagamos sobre la experiencia de mujeres vinculadas al mercado laboral (ya sea en el sector formal o en el informal), mayores de 30 años que, al momento de la entrevista, no estuviesen al cuidado de un tercero dependiente ni tampoco realizaran trabajo doméstico en sus hogares por más de 75 minutos al día. A continuación, abordaremos las rutinas diarias de las no cuidadoras. Los testimonios que recogimos en las entrevistas indican que, al no tener responsabilidades de cuidado directo, las mujeres no cuidadoras pueden tener jornadas laborales formales de tiempo completo o emplear su tiempo en actividades remuneradas y de educación, tiempo

de ocio disponible y un mayor nivel decisorio que las mujeres cuidadoras en la consolidación de sus proyectos de vida.

Consuelo es una mujer de 58 años que, al momento de ser entrevistada, trabajaba como aseo en una universidad, su último nivel educativo alcanzado fue el bachillerato y su sueldo era de un millón de pesos. Consuelo es soltera por elección propia y vive sola en un apartamento arrendado. Su descripción de sus rutinas diarias resalta, en sus propios términos, su disponibilidad de tiempo:

*Pues yo me levanto a las 3 y media de la mañana, faltando 20 para las 5:00 a.m. me voy pa' la universidad. Ya faltando 20 para las 6:00 a.m., ya tengo que estar uniformada e inicio labores porque es que ahí empiezan muy temprano a trabajar, llegan a las 6:30 a.m. los funcionarios, los profesores a dictar clases. [...] Me toca empezar antes de las 6:00 a.m. para que me rinda y no lleguen y me encuentren ahí haciendo el aseo. Que ya esté todo limpio porque a ellos les gusta encontrar todo limpio. Yo trabajo hasta las 3:00 de la tarde. Salgo a las 3:00 de la tarde y llego a la casa y sigo con las mismas: el almuerzo, a hacer mi comida, a lavar mi ropa, que me quito el uniforme, que lo traigo sucio. Me pongo y organizo la cocina. Y ya. Por ahí tipo 7:30, 8:00 p.m., ya me estoy acostando otra vez para otra vez volver a madrugar [...]. El sábado también trabajo, salgo a las 2:00 de la tarde. Llego a la casa. Cuando me siento muy cansada, muy cansada, pues llego, me baño, preparo algo de almuerzo. Almuerzo, me cepillo y si me siento como que no estoy como disponible, que me siento muy cansada, entonces, me baño, me pongo la pijama y me acuesto, almuerzo y me acuesto y al otro día sí me levanto a las 6:00 de la mañana [...]. En mis tiempos libres, si yo quiero salir a algún lado, pues yo salgo y si no quiero salir, pues me dedico a arreglarme mis uñas, a pintarme el pelo, sí, a mirar cositas. Así que yo digo: ¿tengo tiempo para hacer esto?, sí. Si tengo que organizar como algo, digo: tengo tiempo, pues voy a hacer esto, porque tengo tiempo.*

La descripción de la rutina de Consuelo hace evidente que ella tiene disponibilidad de tiempo para trabajar en jornadas laborales de 8 horas, llevar a cabo actividades de autocuidado, realizar el trabajo doméstico en su hogar y sentirse cómoda con el uso de su tiempo. Este tipo de rutina fue comúnmente descrita entre las mujeres no cuidadoras quienes, en muchos de los casos, hacen énfasis en que el no tener que cuidar a otra persona les permite emplear la mayor parte de su tiempo en actividades económicamente remuneradas.

Aunque de acuerdo con Consuelo su nivel de ingresos no es suficiente para comprarse una vivienda propia o viajar, durante la entrevista hizo énfasis en que valora su trabajo porque tiene un horario fijo, espacios para descansar y recibe todas las prestaciones de ley desde que se vinculó al mercado laboral, hace 17 años. Adicionalmente, en varios momentos de la entrevista Consuelo resaltó su calidad de vida, porque goza de

independencia al no tener personas a su cargo y vivir sola. Además, Consuelo no enfrenta las disyuntivas que sí asumen las cuidadoras entre el trabajo remunerado y el trabajo de cuidado. A diferencia de las mujeres cuidadoras, Consuelo no tiene que poner en duda si trabajar remuneradamente o no, lo que le brinda más estabilidad económica y mayores probabilidades de acceder a una pensión, porque posee una trayectoria laboral estable en un trabajo formal.

Por su parte, Zulma, una contadora pública de 30 años, al momento de la entrevista trabajaba en el área contable de un banco, ganaba 2 millones y medio de pesos y llevaba 12 años cotizando para su pensión. Zulma vive en unión libre con su pareja desde hace 6 años, un contador público de 32 años y su hermano menor en un apartamento arrendado. Antes de describir su rutina, ella aclaró que su hermano no está muy presente en su hogar porque tiene jornadas laborales muy extenuantes y él se encarga de asear su cuarto, lavar su ropa y de su alimentación, así como de sus gastos, por lo que Zulma describe su rutina diaria incluyendo solamente a su esposo:

*Bueno, de lunes a viernes, normalmente, yo, eh, digamos que, actualmente, estamos en teletrabajo. Hay semanas donde mi esposo trabaja en la oficina y semanas donde trabaja en la casa. Ejemplo: esta semana él está trabajando en oficina, entonces cuando trabaja en oficina yo me levanto tipo seis, seis y media, le preparo el desayuno y me conecto a trabajar. Me pongo a trabajar en la mañana y me desayuno tipo 9 de la mañana. Me baño a más tardar tipo 11 de la mañana. Estoy todo el día trabajando. Cuando yo desayuno, les doy desayuno a mis perros. Y les estoy dando otra vez comida a la una. Entonces, pues más o menos, tipo mediodía, yo estoy alistando lo que es del almuerzo y a la una, una y media empiezo a arreglar la mesa, almorzar entre una y dos. Trabajo de dos a cuatro y media. Y ya después de las cuatro y media, ya sí me desconecto o saco a los perros y me voy donde mi hermana. Hago ejercicio. Normalmente, estaba haciendo [ejercicio] por la mañana, ahorita lo hago en la tarde. Luego, me pongo a leer [...]. Tengo tiempo de, no sé, si me quiero duchar otra vez y quiero hacerme una mascarilla. Si quiero hablar, si quiero chatear, mirar videos, lo que sea, tengo el tiempo.*

Tanto Consuelo como Zulma hicieron énfasis en que tienen tiempo disponible después de realizar sus actividades remuneradas cuando se les pidió que describieran sus rutinas diarias en la entrevista. El tiempo disponible del que hablan las entrevistadas muestra que las mujeres no cuidadoras y no madres por lo general no sufren de pobreza de tiempo (Vickery, 1977), en comparación con la experiencia de mujeres que cuidan niños menores de 12 años, personas mayores o personas con alguna discapacidad. Pese a que existen múltiples diferencias entre las mujeres no cuidadoras, la mayoría de ellas mencionaron como una ventaja en su estilo

de vida contar con el tiempo para destinarlo a su autocuidado, actividades de ocio y de descanso.

Como se puede observar en los testimonios anteriores, pese a que no tienen responsabilidades de cuidado, Consuelo y Zulma asumen el trabajo doméstico en sus hogares. Esta situación es común en las mujeres entrevistadas cuando no tienen la posibilidad de contratar estos servicios en el mercado y ocurre incluso en el caso de las mujeres que conviven con una pareja. En palabras de Zulma, refiriéndose a quién asume el trabajo doméstico en la casa: “la mayoría de las cosas las hago yo por cuestiones de tiempo”, aunque tiene un trabajo de tiempo completo y convive con su esposo. Su explicación muestra que pese a que su trabajo es tan demandante en términos de horarios como el del hombre con el que convive, ella asume la mayoría de la carga de estas labores sin contribución de él.

De manera similar, las mujeres no cuidadoras que viven en los hogares de sus madres y padres evidencian que sus familiares replican divisiones de género tradicionales en las que las mujeres asumen mayor carga de trabajo doméstico que los hombres. El caso de Federica también ilustra esta división desigual de trabajo doméstico. Federica es una trabajadora social con una maestría en Educación que, al momento de ser entrevistada, tenía 32 años, trabajaba como orientadora psicosocial en un colegio, donde devengaba un salario de \$1.800.000 y vivía en arriendo con su mamá y su hermano. Ella asumía la mitad de los gastos de su hogar con su trabajo formal. También mantenía una relación con un ingeniero químico de 37 años con el que no convivía. De acuerdo con su descripción con respecto a la división de tareas en su hogar:

*Mi mamá y yo [hacemos el mercado]. Eh, a mi hermano le da igual. Él hace lo que uno le ordena que debe hacer. Pues, porque, bueno, ahí también hay un tema machista, pero pues él es, digamos, el más chiquito de la casa, él tiene 25 años. [...]. Yo creo que es un tema cultural, pues para nadie es una mentira que Colombia es un país donde todavía la cultura patriarcal es muy evidente. Entonces, sí siento que el hecho de que él sea hombre hace que no se le exija tanto. No, porque por lo que te digo: siempre nos han enseñado que las mujeres son las que cocinan, las que hacen el aseo, las que tienen otro tipo de responsabilidades. Y ahora, pues se nos atañe también responsabilidades económicas. Entonces siento que, pues obviamente si no hay una exigencia de por medio, pues, pues no, él no lo hace.*

El testimonio de Federica cuestiona la división tradicional de trabajo doméstico que les asigna a las mujeres esta carga. Algún nivel de cuestionamiento de esta división de tareas fue mencionado entre las mujeres de todos los grupos entrevistados. Sin embargo, en el caso de las mujeres no cuidadoras es posible identificar un discurso que resiste de forma más abierta la división de trabajo tradicional. Por ejemplo, para Zulma:

*La sociedad está acostumbrada a que la mamá, a que las mamás hagan todo. A que la mujer es la que tiene la responsabilidad [de las labores de cuidado y domésticas]. En mi familia se ve mucho que, si es hombre, sea responsable o no sea responsable, no importa porque así lo criaron. Y yo estoy muy en desacuerdo con esa forma de pensar. Entonces, yo soy como: ¿qué tiene que ver que sea hombre? ¿Qué tiene que ver eso con la responsabilidad? ¿Qué tiene que ver que usted haga esto y yo no lo haga? O viceversa. O sea, ¿por qué no hablamos de una igualdad en la manera de convivir?*

La indignación que genera la replicación de roles de género en los que la mujer debe asumir el cuidado y el trabajo doméstico en el hogar es generalizada en las mujeres no cuidadoras entrevistadas. De ahí que muchas de ellas afirmen que, en el momento de formar un hogar o cuando lo formaron, procurarían no replicar la distribución de tareas domésticas que tuvieron en sus hogares de infancia. Mónica, una docente con posgrado en Educación de 35 años, que gana alrededor de 5 millones de pesos mensuales, que cotiza pensión desde los 19 años, y que vive en unión libre desde hace dos años con un docente de colegio, explica de la siguiente manera por qué no replicaría la distribución de tareas que existía en el hogar de sus padres:

*[Su hogar de infancia fue] terriblemente machista. Era mi mamá la que hacía absolutamente todo. Yo le ayudaba, por supuesto, porque, pues, así tenía que ser. Entonces, lo que te digo: también era como los sábados, como que, bueno, hacer oficio y yo hacía todo lo que tenía que hacer. Pero, digamos, pues, que mi papá sí, como era el que trabajaba, como lo clásico que no hace nada, que por ahí sacar la basura o arreglar lo que se caiga, cosas así por el estilo, que eso sí, pues era como el encargado. Y mi hermano mayor que tampoco hacía nada. O sea, como que cada uno tenía encargado su cuarto y digamos que el cuarto de mi hermano era un desorden absoluto. Pero, más allá de eso, lavar un plato, eso no, mi hermano no hacía nada.*

Fue común en las entrevistas observar que las experiencias previas de las mujeres no cuidadoras y de sus parejas son fundamentales para generar nuevos espacios de negociación para distribuir el trabajo doméstico entre los miembros del hogar. La experiencia de Andrea ilustra este punto. Andrea es una abogada de 35 años que, al momento de la entrevista, se dedicaba a la docencia y a la investigación, estaba terminando un doctorado, ganaba alrededor de 6 millones de pesos y vivía con su esposo y sus mascotas. Andrea describió su rutina diaria de la siguiente manera:

*Nos levantamos [con su esposo] a las cinco y cuarto, por ahí, y nos vamos a jugar tenis a las 6 de la mañana. Hacemos deporte juntos y mientras nosotros hacemos deporte, el perro juega ahí con la pelota, da vueltas, o sea, es como salir con el perro también. Hacemos algo de mercado ahí juntos: él frutas y yo verduras para*

*salir rápido. Nos venimos aquí para la casa; mientras yo me baño, él hace el desayuno. Desayunamos juntos. Luego, él se baña; mientras él se baña, yo me termino de alistar y tiendo la cama. Por ejemplo, ahí él no tiende la cama, sino soy yo por esta misma, digamos, pues por la flexibilidad que hay ahí. Salimos juntos. Él se queda en la Universidad XX, yo sigo para la Universidad YY. Yo dicto mi clase, termino de dictar mi clase, me voy un rato para la oficina a revisar temas del doctorado y me devuelvo [a su casa] Y, entonces, bueno, llego y hago almuerzo [...]. Almuerzo, saco al perro al mediodía a dar una vuelta. Luego llego y me pongo a trabajar el resto de la tarde [...]. Me hago un té [...] y al final de la tarde que llega ya mi esposo él mismo se prepara algo si tiene..., si llega con hambre, mira a ver qué se hace. Él descansa un rato mientras yo sigo trabajando y a las siete le da la comida al perro, él se la da [...]. Yo normalmente trabajo hasta muy tarde, hasta las diez y media, once de la noche, él también trabaja hasta esa hora. A veces, si tenemos más tiempo, vemos de pronto un capitulito de una serie mientras comemos algo juntos, y ya. Y en todo ese tiempo yo no he lavado un plato. O sea, él lava toda la loza. Y ya, esa es como [la rutina] entre semana.*

Cuando se le pregunta a Andrea por qué considera que su esposo asume responsabilidades del trabajo doméstico, lo que no es muy usual con las parejas de otras no cuidadoras, ella lo atribuye a que su esposo fue educado en un hogar en el que su padre y su madre no asumieron roles de género convencionales y a su educación en el feminismo:

*Yo creo que es debido como a dos cosas. Una, pues mi esposo viene de un hogar muy distinto de los hogares tradicionales. En el hogar de él, la mamá era la que trabajaba y el papá siempre había tenido trabajos como más flexibles, unas pocas horas en docencia. Ella muy exitosa, una psicóloga muy, muy exitosa. Entonces viajaba mucho, dictaba cursos y el papá era el que se quedaba cuidándolos [...]. Y lo otro que yo creo es que hemos, pues, gracias al feminismo también hemos logrado una relación muy, pues, muy sana porque es muy conversada. Yo no espero que él adivine qué quiero yo o que entienda que es que no me gusta que tienda la cama así. No, yo le digo a él las cosas. Entonces, como: "tranquilo, deja la cama sin tender, es enserio, no es, no es ironía", no es como... ¿sí? Entonces esa comunicación yo la llamo feminista porque permite expresar ese deseo femenino, ¿no? como de "yo quiero tal cosa, mi deseo es este". Entonces, eso ha facilitado mucho que nosotros seamos claros.*

Adicionalmente, es común en los testimonios de las entrevistadas no cuidadoras encontrar que en sus hogares se propicia un espacio de conversación para distribuir las tareas del trabajo doméstico no remunerado, pese a que, de todas formas, las mujeres asumen la mayor parte de la carga. La experiencia de Lucía evidencia los espacios de

negociación que desafían los estereotipos de género tradicionales acerca del cuidado. Lucía es una diseñadora de modas que, al momento de la entrevista, trabajaba de manera informal, vivía en arriendo con su pareja y recibía como ingresos alrededor de 3 millones de pesos mensuales. En su entrevista ella explicó que, al tener una relación con otra mujer, el sexo no podía ser un criterio para la división del trabajo doméstico y en cambio buscaron una distribución igualitaria de estas tareas. Para garantizar que la distribución de tareas fuera equitativa, Lucía y su compañera crearon una tabla para distribuir las responsabilidades del cuidado doméstico. En palabras de Lucía: “pues, en este momento, ya estamos las dos trabajando en la parte de la casa por igual. Como que nos turnamos diariamente quién hace una cosa y qué hace la otra”.

Adicionalmente, las mujeres no cuidadoras deben emplear su tiempo en trabajo pagado, por lo que suelen encontrar formas más balanceadas de asumir las responsabilidades domésticas. Mónica, a quien ya conocimos, docente con un postgrado en educación, describió de la siguiente forma la distribución de tareas a la que había llegado con su pareja:

*Nosotros lo que hicimos fue organizarnos para que cada uno tuviera algo que hacer. Por ejemplo, todos los sábados en la mañana hacemos oficio, entonces los dos nos ponemos a hacerlo. Yo aspiro todo, él lava, arregla toda la cocina y los baños. Y así es todo el tiempo. Como que, si hay que lavar la loza, la lava él o la lavo yo. Pero no es que alguien haga más que el otro. Con los gatos lo mismo: él tiene como unas tareas. Yo me encargo de la comida, de los platos [...]. Él se encarga del baño de los gatos [...]. Entonces, no hay como una persona que sea la que haga más que la otra.*

Como Mónica debe emplear su tiempo en un trabajo remunerado durante la semana, al igual que su esposo, esto facilita que ambos asuman el trabajo doméstico los sábados en la mañana y busquen una distribución igualitaria de las tareas por realizar. Esto sugiere que, en alguna medida, realizar actividades remuneradas podría ayudar a balancear las tareas domésticas en el hogar. Sin embargo, esta información debe tomarse con pinzas. De acuerdo con el procesamiento de datos de la ENUT (2021) que está por publicarse en un informe de Quanta, las investigadoras encontraron que pese a que las mujeres aportan la mayoría de recursos económicos a sus hogares, de todas formas hacen la mayor parte del trabajo doméstico en los mismos. Dicho de otro modo, aunque el aporte económico de las mujeres a sus hogares sea mayor que el de sus parejas hombres, este hecho no se traduce en una reducción significativa de trabajo doméstico, pues ellas siguen asumiendo la mayoría.

Por otra parte, en el grupo de entrevistadas no cuidadoras fue común que las mujeres con mayor nivel educativo y acceso a una remuneración alta contrataran los servicios de trabajo doméstico en el mercado. Estos ejercicios de tercerización le permitía a un segmento de mujeres de este grupo tener mayor tiempo disponible para realizar actividades remuneradas y de ocio. Por ejemplo, dado que Andrea y su esposo viven

solos, sus necesidades de aseo doméstico son reducidas y las atiende una empleada doméstica que trabaja con ellos una vez a la semana. El no tener otras personas dependientes les permite a ambos concentrarse en sus actividades profesionales, dejando espacio incluso para que desarrollen actividades de ocio de forma habitual. En palabras de Andrea: “la empleada hace aseo los lunes y nosotros tratamos de mantener”. Así mismo, Mónica contrata a su madre para que haga el almuerzo de ella y de su esposo, lo que le deja tiempo libre para realizar actividades de ocio:

*Regreso del trabajo y recojo el almuerzo en donde mi mamá, porque tenemos como un negocio con ella en el que le pagamos un dinero y ella nos hace el almuerzo, porque yo no tengo tiempo ni mi esposo tiene tiempo de hacerlo. Y ella, pues igual tiene que hacer el de mi papá. Entonces, pues está bien porque les ayudamos con el mercado. Entonces, recojo el almuerzo donde mi mamá y vengo acá. Almuerzo con mi esposo y en la tarde me siento en este sofá con los gatos, hago ejercicio, salimos a caminar, lo que haya que hacer, vueltas y demás. Pero digamos que después de las doce ya no tengo trabajo, sino que ya es cuestión personal.*

Las experiencias de Consuelo, Andrea y Mónica muestran que cuando no existen cargas de cuidado, las tareas de trabajo doméstico como limpiar y cocinar son más fácilmente contratadas con terceros fuera del hogar. A su vez, no tener responsabilidades de cuidado de terceros parece permitirles mayor continuidad en sus empleos formales, lo que probablemente pueda traducirse en el acceso a una pensión en la vejez. En general, las experiencias de las no cuidadoras son un potente punto de partida para retar la división sexual del trabajo que asigna actividades reproductivas no remuneradas a las mujeres y actividades productivas remuneradas a los hombres. Histórica y socialmente se les han asignado a las mujeres la reproducción biológica, el cuidado de los hijos y el trabajo doméstico (Benería, 1979). Esta asignación ha generado una reducción en la movilidad de las mujeres y en sus oportunidades para acceder al mercado laboral, lo que las ha puesto en un lugar de subordinación y desventaja frente a los hombres. Las mujeres no cuidadoras desafían la división sexual del trabajo al decidir que la reproducción biológica, el cuidado y el trabajo doméstico no serán actividades en las que emplearán mayoritariamente su tiempo y al negociar con sus familiares las responsabilidades asociadas al mantenimiento del hogar y la familia. De manera que, estas experiencias dejan en claro que las condiciones sexuales y de género de un ser humano no determinan a qué actividades, si reproductivas o productivas, deben dedicarse. Por el contrario, las decisiones de cada persona pueden basarse en la negociación para que quienes vivan en un hogar y hagan parte de una familia asuman las actividades de su mantenimiento de forma paritaria.



### 3. Los proyectos de vida de las mujeres no cuidadoras y sus intentos por mantenerse en ese estatus

Aportes recientes a la literatura sobre la división sexual del trabajo han llamado la atención sobre el siguiente punto: la división analítica entre producción y reproducción no es útil para reconocer que los proyectos de vida de las personas y, en especial, los de las mujeres están atravesados por actividades socioeconómicas que promueven el desarrollo de la economía desde dimensiones no solo productivas y reproductivas, sino mixtas (Dunaway, 2013). Las experiencias de las no cuidadoras son una evidente muestra de que hay quienes pueden elegir para no caer en la sobrecarga de la doble jornada de trabajo (Hochschild & Machung 2012), pero esto no resuelve el problema de los arreglos de cuidado existentes. Puesto que se sigue reforzando la división sexual del trabajo que deja en una profunda desventaja a las mujeres.

Al momento de la realización de las entrevistas para este informe, ninguna de las mujeres tenían a su cargo el cuidado de un tercero dependiente como un hijo, un familiar con discapacidad o una persona mayor. Por lo anterior, el grupo completo de entrevistadas declaró que en sus proyectos de vida privilegiaban su desarrollo profesional y/o la autonomía y libertad de tiempo por sobre el cuidado a un tercero. En primera instancia, las mujeres no cuidadoras optan por su desarrollo profesional o por la consecución de actividades remuneradas porque los ingresos económicos les brindan mayor independencia, incluso viviendo con sus madres y padres. En palabras de Mónica:

*De hecho, fui independiente desde los 16 años. Ya fui independiente. El hecho de que viviera con ellos [su madre y su padre], no quería decir que ellos me estuvieran manteniendo. Al contrario, era yo una ayuda para ellos porque ellos no tienen pensión de nada. Entonces, yo les ayudaba a pagar el arriendo o pagar todo lo demás. Y ya cuando tuve suficiente como para poder seguirles ayudando y pagarme yo mi propio apartamento, pues ahí tomé la decisión [de mudarse a su propio apartamento].*

Adicionalmente, la experiencia de Consuelo permite observar que la autonomía e independencia no están ligadas a formar una relación de pareja y una familia con esa pareja. Consuelo decidió vivir aparte de sus padres porque quería hacerse responsable de sí misma y desafiar la idea que para salir de la casa familiar debía irse con un hombre:

*Yo dije: el día que me falte mi mamá, mi papá, pues, ¿qué va a ser de mi vida? Yo dije: no, yo tengo que ponerme a trabajar, tengo que hacer algo, yo tengo que saber qué es eso. Yo tengo que aprender a ser responsable. Uno de mujer también puede ser*

*responsable. Así que, no es el caso de que si usted no tiene un hombre al lado, usted no pueda ser responsable [...]. No, yo no, yo quiero vivir mi vida y quiero hacer mi vida. Yo dije: yo quiero ser independiente.*

Estos testimonios son comunes dentro de las entrevistas. Muchas mujeres no cuidadoras comenzaron a trabajar desde antes de ser mayores de edad para obtener ingresos económicos y consolidar una vida independiente. Andrea es un ejemplo de las trayectorias laborales de las mujeres no madres y no cuidadoras, que desde temprana edad se mueven en diferentes espacios del mercado laboral mientras llevan a cabo sus estudios. Ella describe su trayectoria profesional de la siguiente manera:

*Mi primer trabajo fue como recreacionista en una caja de compensación. Entonces, ahí me afiliaron y todo, yo tenía diecisiete años [...]. Mi mamá y mi familia siempre me formaron en una estructura del trabajo. Mis tías una vez pusieron un local y yo me iba a vender con ellas en el local. Mi mamá cuando yo era más chiquita, una niña, tendría unos 13 o 14 años [...], me enseñó a manejar el programa contable para que yo pasara los recibos a un programa en el computador [...]. Ella me pagaba como doscientos pesos por factura. Entonces, claro, me entraba platica. Y, luego, cuando estuve en la universidad trabajé de mesera [...]. Trabajé en un Call Center [...]. Luego, yo viví en Francia y en Francia encontrar trabajo es un rollo. Pero encontré uno repartiendo periódicos gratis. Entonces trabajé en eso en Francia. Luego, estando acá, tuve mi primer trabajo ya como abogada. No me había graduado. Trabajé como auxiliar jurídica en una caja de compensación, ahí me fue muy bien [...] y eso me llevó, pues, al otro trabajo que te cuento: yo ahí era coordinadora de investigaciones [...]. De ahí también empecé a dictar clases.*

No asumir responsabilidades de cuidado facilita que las trayectorias laborales de las mujeres no cuidadoras no hubieran tenido interrupciones, al menos hasta el momento en que las entrevistamos. En efecto, la mayoría de mujeres, al presentarse en la entrevista, afirmaron que tenían, en promedio, entre 5 y 10 años de experiencia laboral. En contraste con las mujeres cuidadoras, las mujeres no cuidadoras entrevistadas habían trabajado ininterrumpidamente lo cual, de mantenerse, podría reducir la vulnerabilidad económica en la vejez que afecta mucho más a las mujeres que a los hombres.

Los proyectos de vida de las mujeres no cuidadoras también están marcados porque se toman el tiempo de decidir si quieren tener una pareja y formar una familia o no. Mayoritariamente, las mujeres entrevistadas explican que rechazan el matrimonio o la maternidad porque perderían la oportunidad de llevar a cabo sus proyectos profesionales y la posibilidad de elegir con autonomía qué hacer en sus tiempos libres. Consuelo rechazó casarse con uno de sus novios porque él no le ofrecía consolidar un hogar independiente del de su madre. Para ella,

la idea de irse a vivir con la madre de su pareja parecía problemática. La hermana de Consuelo había aceptado una propuesta similar de su pareja y se había visto obligada por las circunstancias a asumir el cuidado y el trabajo doméstico de la familia de su esposo. En palabras de Consuelo, su hermana se quejaba en los siguientes términos de su situación: “me trajeron para aquí, me pusieron de sirviente de todas, de la mamá y de las hermanas”. Con esa experiencia cercana, Consuelo rechazó la propuesta de su expareja:

*Yo tuve un novio y él me propuso matrimonio. Entonces, yo le comenté a mi madre. Yo le dije: mami, que Fulanito de Tal me está diciendo que por qué no, que si nos casamos. Entonces me dijo ella: bueno, si él le está proponiendo matrimonio, dígame usted ahora que a dónde se la va a llevar a vivir. Y yo le dije: bueno, que a dónde me iba a llevar [...]. Entonces, él dijo: pues, nosotros nos casamos y mi mamá me dijo que nos dejaba hacer casa allá en la finca, allá al pie de ella. Y yo le dije: no. Le dije: si usted se quiere casar conmigo, si usted quiere formar un hogar, no es pa' que usted se vaya a vivir conmigo donde su mamá. Él me dijo: yo no puedo dejar a mi mamá. Yo le dije: listo. Quédese allá con su mamá.*

Por su parte, Federica ha forjado relaciones de pareja en las que se asegura de que sus compañeros tengan el mismo deseo que tiene ella de no tener hijos. Ella enfatiza que no quiere asumir la maternidad y el cuidado porque prefiere desarrollarse profesionalmente en el área de la educación en la primera infancia y aumentar su nivel de ingresos para adquirir una vivienda propia. En sus palabras:

*No quiero tener hijos porque no está dentro de mi proyecto de vida, porque siento que tener un hijo es un trabajo bastante complejo, bastante costoso [...]. Yo sí siento que mucha gente que tiene hijos, a pesar de que los aman y todo, dejaron de vivir muchas cosas, porque hay una nueva responsabilidad. Entonces, dentro de mi proyecto de vida, actualmente, con la pareja que estoy..., yo creo que antes de preguntarle el nombre lo primero que le pregunté era que si quería tener hijos y él me dijo que no. Entonces, dije: bueno, bien, porque, pues estamos en la misma onda [...]. En este momento tengo el proyecto de comprar vivienda junto con mi pareja [...] y, pues, aún me falta estudiar muchas cosas: que especialización, que maestría, que doctorado, todo ese tipo de cosas, pues, porque yo quiero una mejor calidad de vida.*

Varias de las mujeres no cuidadoras entrevistadas tienen motivaciones relacionadas con el trabajo remunerado y la autonomía de tiempo que están basadas en una mirada crítica a la maternidad y el cuidado. Lucía afirma que, si bien quisiera ser madre en el futuro, al momento de la entrevista priorizaría el desarrollo profesional y la autonomía de tiempo porque tiene muchos sueños y metas que cumplir antes de ocupar su tiempo en el cuidado de otro ser humano:

*Porque considero que todavía hay muchas cosas que tengo que conquistar. Por ejemplo, una casa en vez de un aparta-estudio, tengo que conquistar eso. Poder viajar fuera del país, conocer, por ejemplo, también todavía tengo que lidiar y criar a mis perritos. Entonces, tener en mente la maternidad en este momento, no, no, no está entre mis prioridades.*

Similar a esta experiencia, los testimonios de Andrea y de Mónica muestran que los proyectos de vida de las mujeres no cuidadoras están más orientados a priorizar las relaciones de pareja que no estén centradas en la crianza de los hijos, ya sea por deseo de ambos o de una persona en particular. Andrea, por ejemplo, mencionó que dado que su pareja no quiere tener hijos y ella privilegia su vida en pareja, en principio no los tendrá:

*Yo tengo un proyecto de vida con mi esposo y no más. Prefiero ese proyecto al tener un bebé. Yo estoy segura de que si él quisiera yo ya tendría tres, pero como él no los quiere y yo pienso es en mi proyecto de vida con él y nuestra vida va muy bien, pues yo creo que no vamos a tener hijos.*

Por otra parte, Mónica afirma que su prioridad es aprovechar la autonomía y libertad de tiempo con su esposo en actividades como viajes y espacios de ocio distintos a los espacios de cuidado y de maternidad:

*Me gusta viajar, me gusta salir con mi esposo, nos gusta salir a jugar, a tomarnos un par de cervezas. Y esa parte para mí es importante y es mi tiempo. Entonces, lo que te decía, esa idea de sacrificar ese tiempo sí me cuesta pensarlo. No sé si es de egoísta o bueno, no sé. Pero sí, lo que tú dices, las dos primeras [el desarrollo profesional y la autonomía de tiempo] están por encima de la maternidad, de ser mamá.*

Los testimonios concuerdan en que, si se diera el caso de tener hijos, un proyecto de vida que incluya la maternidad requeriría de un apoyo externo para el cuidado, puesto que para muchas de las entrevistadas no es sostenible mantener una carrera profesional y asumir el cuidado de los hijos. En palabras de Zulma, cuando se le pregunta si una mujer puede ser madre y, al mismo tiempo, laboralmente exitosa, ella responde:

*Con ayuda, como lo que te digo, de pronto una persona externa que te ayude. Tener una tercera persona que te ayude a ti a cuidarlo, a tenerlo mientras tú laboras. Pero, sí. Yo conozco personas que son gerentes, que son vicepresidentes de áreas. Amigas que son contadoras con diferentes profesiones, que tienen sus hijos y que están súper bien. De hecho, una de las que destaco es una gerente. Ella tenía tres hijos pequeños y aun así tenía todo el tiempo para ir a reuniones, para no sé qué y, pues, lo que sabía era que sus hijos estaban súper bien. Entonces, yo creo que, o sea, lo que te digo, yo creo que los hijos no son un impedimento ni para que tú estudies, ni para que trabajes, ni para que hagas una vida.*

*Sino que toca saber cómo distribuir responsabilidades y no hacerte cargo tú sola de la responsabilidad. Porque ahí es cuando las personas se limitan a que: “no tengo tiempo de nada, sino solo para mis hijos”.*

Pese a que no han asumido el cuidado de terceros de manera permanente, las entrevistadas relatan experiencias de cuidado que han tenido que asumir durante cortos periodos de tiempo. Con base en esas experiencias, las mujeres no cuidadoras afirman que han priorizado el desarrollo profesional y su autonomía de tiempo porque conocen las cargas que involucra el trabajo de cuidado y sus implicaciones cuando no es remunerado y no reciben apoyo en sus espacios de trabajo ni por parte del Estado. Por ejemplo, Consuelo vivió una situación de mucha tensión antes de que su mamá muriera porque en el trabajo no le creían que su mamá estuviera en la Unidad de Cuidados Intensivos en Soacha ni le daban permiso para ir a visitarla. Esta situación hizo que Consuelo manifestara que ni los empleadores ni el Estado proveen los apoyos necesarios para las mujeres que cuidan. En cambio fue una compañera suya del trabajo quien la ayudó para que pudiera cuidar de su madre en su lecho de muerte:

*[El jefe] me dijo: “Consuelo, necesito que cuando usted llegue a trabajar me traiga una certificación de que su mamá se encuentra en la UCI”. Pensó que era mentira. Entonces yo le dije: “bueno, listo, jefe, yo lo hago”. Entonces así fue. Mi mamá quedó en la UCI, gracias a Dios. Pues el domingo pasó bien. Yo ya fui el lunes por la mañana a la UCI y me vine por la tarde a Bogotá a trabajar. El martes trabajé. El martes le pedí la certificación a la jefe de la UCI. Ella me la hizo, se la traje, la vio y todo. Bueno, yo trabajé lo que fue martes, miércoles y jueves. Él le debía a una compañera cuatro días de compensatorios por unos domingos que ella había ido a trabajar. Entonces, ella pues se la llevaba mucho conmigo. Entonces, ella me preguntaba mucho por mi mami. Ya cuando yo le comenté que no, que estaba muy enferma, que ya había viajado y que ya mi mami ya estaba en la UCI, ella dijo: “ay, ¿cómo así? Pero, Consuelito, usted no debería estar acá”. Entonces, yo le dije: “¿yo qué hago si no le dan a uno permiso?”. Entonces dijo: “¿y usted qué ha pensado?”. Yo le dije: “como el lunes es festivo, yo me pienso ir el sábado a las 2 de la tarde”. Dijo: “bueno”. Entonces, ella se fue y seguro le dijo al jefe: “jefe, usted me está debiendo a mí 4 días de compensatorio. La verdad, Consuelito tiene a la mamá en la UCI y ella no debe de estar acá. Ella debe de estar es allá. Entonces, yo quisiera colaborarle, yo plata no tengo, pero yo quiero darle dos días de mis cuatro días, no sé usted qué dirá”. Y él le dijo: “pues sí, eso sí ya está en usted. Vaya y dígale”.*

Así como el caso anterior, la experiencia de Mónica ilustra un caso en el que debió apoyar a su madre en el cuidado de su abuela, una persona mayor con varias enfermedades. Este ejemplo evidencia cómo las hijas a

veces asumen el cuidado cuando las madres están exhaustas. Mónica describió que su objetivo al cuidar de su abuela era aligerar la carga de cuidado que tenía su madre:

*Cuando la abuela, mi abuelita empezó a tener Alzheimer y mi mamá tenía que cuidarla, yo le ayudaba muchísimo a mi mamá, yo estaba con ella y fue una época difícil porque cuidar una persona es terrible, pero más que ser yo la que la cuidaba, era como la que colaboraba para ayudar, para cuidar a mi abuelita, pero no puedo decir que fuera yo la que la cuidaba [...]. Mi abuela aparte de que tenía Alzheimer, tenía ansiedad, depresión, tenía un montón de cosas. Lo que yo hacía, que no pudieron hacer otras personas, era como calmarla, como que le hablaba y como que sabía cómo hablarle y lograba que ella otra vez se tranquilizara. Entonces, como que eso era una ayuda para mi mamá, porque ella también ya no quería ni saber nada de la abuela.*

El caso de Herminda, una mujer no cuidadora de 29 años, ilustra el mismo punto anterior: las hijas deben asumir cargas que son demasiado pesadas para sus madres. En este caso en específico, las cargas excesivas de cuidado que debió asumir Herminda en su infancia y adolescencia hicieron que ella afirmara que no deseaba ser madre ni cuidar de nadie más dentro de su proyecto de vida. Cuando le preguntamos por qué, contestó lo siguiente:

*Pues, es muy berraco. Que yo siempre he pensado que a un hermano mayor no le corresponde ser papá. Sí, uno puede ayudar, pero el rol de ser papá, no. Porque yo fui la mamá de mi hermano. Entonces, a mí me tocaba cocinar, me tocaba lavar, me tocaba... Si a ellos les llaman la atención en el colegio, pues la regañada primero era para mí, después para ellos. Mi mamá hubiera podido hacer las cargas un poquito más equilibradas. Y no haberme cargado tanto, porque uno termina siendo papá tan joven y con tanta responsabilidad.*

De los testimonios anteriores, observamos que los proyectos de vida de las mujeres no cuidadoras, por un lado, se consolidan a partir de la priorización de sus trayectorias laborales y la autonomía de su tiempo. Las experiencias citadas en este informe ponen en evidencia dos elementos que son comunes en los testimonios de las mujeres entrevistadas. Primero, que subyacente a la elección de no ser madre y de no ser cuidadora hay un desafío a los estereotipos de género que imponen que una mujer debe casarse o estar con un hombre para irse del hogar de sus madres y/o padres y que conformar un hogar no necesariamente hace que las mujeres adquieran las responsabilidades de cuidado y de trabajo doméstico que ese hogar requiere. No obstante, el cuidado no siempre es una elección y las experiencias cortas en las que las no cuidadoras se han visto obligadas a cuidar demuestran que el cuidado llega sin aviso y sobrecarga a las mujeres que no tienen como prioridad emplear su tiempo en ello. Segundo, las experiencias de cuidado por periodos cortos de

tiempo dejan a la vista que hay muy poco apoyo institucional para asumir estos arreglos de cuidado, lo que les genera un deterioro en su calidad de vida y en su estabilidad laboral. De ahí que Consuelo declare lo siguiente: “yo anhelo tener mis cosas, tener mi salud, mi trabajo. Eso para mí es lo mejor que hay. Y eso es lo que yo anhelo: poder tener lo que yo quiero tener”.

Recapitulando, tanto Consuelo como Federica, Mónica, Andrea y Lucía comenzaron a trabajar de forma remunerada desde antes de que cumplieran sus 18 años. De acuerdo con sus testimonios, desde la adolescencia, estas mujeres hicieron un plan de vida que privilegia las actividades remuneradas y el tiempo de descanso y de ocio porque, por una parte, desafían estereotipos de género establecidos socialmente y, por otra, porque conocen los costos de cuidar a otros seres humanos. Esto desemboca también en la decisión de aplazar la maternidad para priorizar otros proyectos. De hecho, los testimonios de las entrevistadas reúnen cuatro argumentos principales por los que la maternidad es rechazada o aplazada: primero, porque tener hijos conlleva una responsabilidad económica muy grande; segundo, porque criar a otro ser humano es una responsabilidad ética y cívica que algunas mujeres no están dispuestas a asumir; tercero, porque traer más seres humanos al mundo genera un impacto negativo en el medio ambiente y, por último, porque existe una barrera para las madres en el mercado de trabajo. Andrea, por su parte, deja en claro la razón por la cual la maternidad está excluida de su proyecto de vida:

*Pues yo creo que vivimos en una sociedad muy hipócrita, ¿no? Porque, por un lado, es una sociedad que aborrece el aborto, que se nos obliga mucho, a partir del tema religioso, a casarnos. De lo que te decía ahorita: de toda esa gente que me decía que yo debía ser mamá, ¿cuántos de ellos van a venir a enseñarme a cambiar un pañal? Entonces, yo siento que es una sociedad muy hipócrita en la cual se obliga a las mujeres a ser madres, pero en la cual no se brinda ningún esquema de protección social para que podamos realmente disfrutar. Es que cuidar es muy lindo. Me parece una actividad preciosa. Mira mis matas, tengo divinas [...]. Me doy cuenta como de ese potencial transformador y del amor que tiene el cuidado y el poco valor que tiene en esta sociedad muy hipócrita. Porque, por un lado, te están diciendo: tienes que tener hijos, pero sabemos que, y eso es lo que yo te decía: si tienes hijos después de entrar a esta empresa, tu perfil no gusta. No gustan mujeres con hijos, mujeres en edades fértiles, mujeres con responsabilidades de cuidado. Porque la gente sabe que el día de mañana, cuando llamen del colegio a decir que el niño se descalabró, la que sale corriendo es la mamá, no el papá. Entonces, yo creo que eso está muy naturalizado.*

Así pues, fue muy frecuente escuchar en estas entrevistas que los proyectos de vida de las mujeres no cuidadoras están orientados hacia el

avance de sus trayectorias laborales y el aprovechamiento de su autonomía de tiempo. Además, el hecho de que no tengan que emplear su tiempo en trabajos de cuidado y en jornadas extenuantes de trabajo doméstico les permite tener una mayor inserción en el mercado laboral. Devengar ingresos propios por su actividad laboral les permite a estas mujeres tener independencia económica y, en cierta medida, aumentar su capacidad de negociación con sus parejas.

Las mujeres no cuidadoras conocen bien la dicotomía a la que se enfrentan: si desean tener una mayor inserción en el mercado laboral, estabilidad económica y mantener o mejorar sus ingresos, es preferible para ellas abstenerse, si es posible en sus contextos, de un proyecto de vida que incluya actividades de cuidado a otras personas. Consuelo fue muy reiterativa en la entrevista en que se abstuvo de formar una familia y de tener hijos por lo que ello implica. En sus palabras:

*Primero, yo me puse a pensar que tener hijos era una responsabilidad muy grande. Lo segundo, para tener un hijo tiene uno que tener con qué [se refiere a cuidarlo y sostenerlo económicamente]. Entonces, lo otro era que yo decía: “yo estoy trabajando. Me pongo a tener un hijo y ¿a quién se lo voy a dejar a que me lo cuide?”. Lo otro, el sueldo que yo me gano no me alcanza para eso. Entonces yo tomé la decisión [de no tener hijos].*

Cuando se le preguntó a Mónica en la entrevista su opinión sobre las mujeres que deciden priorizar su trabajo sobre el cuidado de un hijo, ella responde:

*Pues, me parece una decisión muy respetable y muy real, claro, digamos que no lo había pensado yo, así como tener que cuidar a alguien. Digamos que yo no le veo problema cuidar a alguien más. [...] Pero sí, claro que cuidar es muy difícil. Digamos, lo que yo te decía de mi mamá cuidando a mi abuela, era una cosa tenaz y no hay una remuneración por eso, por ejemplo. Entonces, son todas esas cosas las que una mujer se pregunta en el momento en que tiene que tomar la decisión [de ser madre]. Hacemos parte de una generación en donde podemos tomar esa decisión.*



## 4. Tensiones entre los contextos familiares y laborales para las mujeres no cuidadoras

### 4.1. El contexto familiar

La mayoría de las mujeres no cuidadoras mencionaron que enfrentan tensiones en sus contextos familiares porque no cumplen con los estereotipos asociados a la maternidad, el cuidado y el trabajo doméstico que esperarían de ellas sus familiares. En primer lugar, la experiencia de Soledad demuestra la tensión existente entre decidir no ser madre porque prioriza en su proyecto de vida, su carrera profesional y los reclamos que recibe por parte de sus familiares. Soledad es una tecnóloga en joyería, trabajadora independiente en una aplicación de transporte, de 38 años, divorciada y que vivía al momento de la entrevista con su padre, su madre y dos hermanos menores. Su experiencia es común a los testimonios de las mujeres no cuidadoras. Muchas afirman que para sus familias no es fácil aceptar que no asumirán el rol de madres por elección propia. Soledad describió así su experiencia:

*De hecho, hay mucha presión social en cuanto a eso [se refiere a la maternidad] por la edad. Siempre hay como muchas inquietudes de la gente. Pues yo les digo que no. Mi papá, un día a mi papá, un amigo, le dijo: “¿para cuándo el nieto?”. Le preguntó a mi papá. Yo estaba ahí y mi papá me miró y me dijo: “¡responda!” Y yo dije: “a mí, a mí no me mirés, porque yo no quiero ni tengo marido, ni novio, ni nada. O sea, a mí ni me mirés. Ve, pregúntales a tus otros hijos [que son hombres]”.*

De forma similar, Zulma expresó en la entrevista que su prioridad está en el desarrollo de su carrera profesional como contadora pública, por lo que su meta era formar una empresa con su esposo para hacer consultoría en temas financieros. Si bien Zulma se refiere en la entrevista a su compañero como su esposo, ellos no tenían un vínculo matrimonial formal. A raíz de ello, Zulma recibe críticas por parte de sus padres y su tía porque su proyecto de vida no incluye el matrimonio por la iglesia ni la crianza de hijos. Zulma toma la relación con sus sobrinos y el cuidado de sus mascotas como un argumento frente a sus familiares para defender que ella sí tiene experiencias de cuidado, solo que no con hijos. De acuerdo con su recuento, ha tenido incluso que poner en duda su relación con su pareja para evitar conversaciones sobre por qué no ha pasado con él por el rito del matrimonio. En sus palabras:

*Ahorita yo tengo una tía que insiste demasiado con el tema de matrimonio. Demasiado, demasiado. Y siempre es como: “¿cuándo se casan? o ¿cuándo tienen hijos?”. Siempre que hablo, las demás personas como que ya lo saben y como que ya no opinan, no hacen*

*preguntas. Es el comentario y ya, pero yo no lo tomo personal, pienso que ya es normal. Siempre saco algo con mis sobrinos o que ahí tienen mis perros que son dos hijos. Bueno, hubo un caso que pasó con ella [con su tía] una vez que ella, o sea, ella era siempre cansona con el tema. Una vez empezó a hablarme otra vez del matrimonio, ella es una persona muy religiosa, entonces lo único que yo le dije fue: "sabes, tía, que tal vez no sea el hombre de mi vida" [...]. Creo que ha sido la manera como que las personas evitan hacer los comentarios, ya que le bajen un poquito el tema, pero casi siempre es así. Yo uso [como excusa] que tengo sobrinos, o que tengo mis perros o puede que [su actual compañero] no sea para mí.*

La experiencia de Zulma es similar a lo que escuchamos en la mayoría de entrevistas con mujeres no cuidadoras. Muchas de ellas reciben reclamos porque sus proyectos de vida no están orientados hacia el cuidado de la familia y el hogar. Ahora bien, otro elemento que encontramos en los testimonios es la tensión que enfrentan las mujeres no cuidadoras de cara al futuro. Si bien estas mujeres tienen rutinas diarias que giran en torno al trabajo remunerado y tienen tiempo disponible para desarrollar actividades de ocio, también saben que es posible que algunas responsabilidades de cuidado recaigan eventualmente sobre ellas. Algunas quisieran ser madres en el futuro y otras saben que cuando sus padres envejecan pueden necesitar de su cuidado. En el grupo de entrevistadas fue común que las mujeres mencionaran que necesitarían el apoyo de alguna persona externa para asumir los cuidados en la familia. Lucía y Mónica buscarían apoyo o contratarían servicios de cuidado si lo necesitaran. Según Lucía:

*Yo no creo tener mucha disciplina como para dividir mi tiempo, para sacarle el tiempito a un hijo. Entonces, en mi caso, yo sí necesitaría alguien que me colaborara, fuera mi pareja, fuera una persona a quien contrate. Considero que hay otras mujeres que sí lo pueden llevar mucho mejor siendo independientes y organizando toda su agenda. ¿Para qué? Para poder compartir también con su hijo, pero también ahí sería una agenda con un horario más normal que el que yo manejo también.*

Mónica tiene planeado contratar servicios de cuidado para su madre:

*Lo hablamos más con mi hermano, porque, digamos que, los que estamos más pendientes somos mi hermano y yo, que si yo viviría con mi mamá... O sea, dado el caso que mi mamá requiriera atención, yo creo que no, no. No porque mi mamá es una persona complicada y vivir con ella, no. O sea, en ese caso sería como contratar a alguien que estuviera con ella.*

Estos relatos muestran que las mujeres que emplean su tiempo mayoritariamente en actividades remuneradas entienden que la articulación entre el trabajo y los cuidados a terceros sólo sería viable

contratando a una tercera persona que cumpla estas tareas. Pero la condición de posibilidad de esa contratación de un tercero que ofrezca cuidados es contar con recursos para pagar por sus servicios. Esto es justamente lo que observamos que ocurre con poca frecuencia entre las mujeres pertenecientes a los demás grupos de cuidadoras. Muchas mujeres se ven obligadas a dejar su empleo o a subemplearse para poder ofrecer los cuidados que necesitan las personas a su cargo. En efecto, salvo por el recurso al mercado, los servicios de apoyo a las cuidadoras son prácticamente inexistentes.

## 4.2. El trabajo y las mujeres no cuidadoras

Paradójicamente, aunque las mujeres no cuidadoras lo son en parte porque privilegian su trabajo o su trayectoria laboral, ellas también enfrentan barreras de acceso al mercado de trabajo. Estas barreras son el resultado de estereotipos de género que relacionan a las mujeres con el cuidado. En efecto, varias mujeres relataron instancias en las cuales se percataron de la discriminación de la que eran víctimas en la búsqueda de empleo o en los procesos de selección de personal de los que hicieron parte. Por ejemplo, Federica mencionó que en las entrevistas laborales de algunos trabajos “me preguntaron que si quería tener hijos”. Ella explica, desde su perspectiva, por qué hacen esta pregunta:

*[...] muchas veces las empresas ven a una mamá como una carga, más que como una oportunidad. Entonces, creo que el hecho de ser madre es más, vuelvo a lo mismo, un tema patriarcal donde dicen: “no, es que ya no tiene tiempo para trabajar porque tiene hijos, porque no puede aportar, porque tiene hijos”. Porque todo el tiempo sienten que la mujer está girando en torno a sus hijos y no van más allá de mirar qué tiene ella como profesional.*

Otro componente importante mencionado en varias entrevistas es que la discriminación se ve en las pruebas de embarazo que ilegalmente les realizan a las mujeres antes de entrar a trabajar. En efecto, pese a que varias mujeres –particularmente en este grupo las mujeres más educadas– sabían de la ilegalidad de esta práctica, varias tuvieron que someterse a ellas como condición para ser consideradas para un empleo. A su vez, muchas mujeres eran conscientes de que si las pruebas llegaban a tener un resultado positivo, la oferta de empleo nunca llegaría. Según Andrea:

*Yo me acuerdo mucho cuando trabajé en el Call Center que nos hicieron una prueba de embarazo y una de las chicas que estaba ahí resultó positiva y ella no sabía que estaba embarazada. Se puso a llorar. Es decir, estaba embarazada, pero luego no la vincularon.*

De manera similar, Zulma afirma que, en su experiencia en procesos de selección de personal le han hecho preguntas sobre sus deseos de ser

madre y le han preguntado si tiene hijos. A pesar de que a ella no le han realizado pruebas de embarazo, sí conoce el caso de otras mujeres a las que les ha sucedido. A una de sus compañeras le ordenaron realizarse exámenes médicos en el proceso de cambiar su contrato de prestación de servicios por uno a término indefinido. En los exámenes le hicieron una prueba de embarazo que salió positiva. En sus palabras:

*Cito el caso de una compañera donde ella estuvo trabajando por prestación de servicios, pero se cumplió el tiempo del contrato. La llamaron por el banco para hacerla firmar el contrato e ingresar ya con contrato indefinido con el banco. Y resulta que la chica estaba embarazada y le cancelaron el contrato. O sea, terminó el contrato de prestación de servicios y no la contrataron para el banco.*

En adición a la discriminación por embarazo existe otra tensión en el ámbito laboral para las mujeres no cuidadoras. En sus testimonios, ellas revelan que priorizan en sus proyectos de vida la carrera profesional y la autonomía porque en sus contextos laborales han observado las cargas a las que las mujeres están sujetas cuando cuidan a un tercero. Por ejemplo, Zulma relata cómo cambió su proyecto de vida cuando entró a trabajar, a raíz de la experiencia que escuchaba que vivían otras mujeres:

*Bueno, de pequeña yo decía: “yo cuando sea grande, me voy a casar y a tener dos hijos y la parejita y todo este cuento”. Yo creo que eso empezó a cambiar desde el momento en que empecé a trabajar ya de lleno en una empresa. La mayoría de las personas con las que yo trabajo son mujeres. Hay pocos hombres, pero la mayoría son mamás. Sí, la mayoría de mi círculo laboral son mamás y escucharlas, o sea, el día a día. Lo que yo te decía: o sea, yo venía acostumbrada a una onda de que mi mamá prácticamente me hacía todo y yo vivía cansada todo el tiempo solo por trabajar. Bueno, yo trabajaba y estudiaba, pero ya después de que me gradué solo estaba trabajando. Y la rutina de una mamá es terrible. O sea, yo me pongo a hablar con ellas y las responsabilidades son... O sea, yo he oído, no sé: veníamos en el transporte, salíamos del trabajo. Y ellas vienen contigo, pero vienen ya pensando todo lo que tienen que llegar a hacer a la casa. Entonces: “no, tengo que llegar a hacer tal trabajo con mi hijo, tengo que llegar a comprar no sé qué, tengo que empacar”. Entonces, deben haber alistado ya uniformes, ver si hizo tareas, a revisar. Y empiezan a nombrar una cantidad de actividades que uno dice como: ¡wow! O sea, yo llego a dormir tranquila, yo llego al gimnasio, llego a ver televisión.*

La experiencia de Zulma ofrece una pequeña ventana a algunos de los componentes que estructuran la decisión de ser madre o no. En su caso, observar a sus compañeras de trabajo atareadas con responsabilidades de cuidado a continuación de su jornada laboral, le ofreció la oportunidad de anticipar el nivel de responsabilidad y actividades adicionales que acarrea la decisión de tenerlos. A su vez, la sobrecarga que se observa en todos los

informes sobre las cuidadoras y la carente oferta de servicios para reducir las tareas de cuidado, funcionan como un desincentivo para tener hijos y/o asumir actividades de cuidado. A su vez, de acuerdo con lo que nos contó Consuelo, la mujer trabajadora en servicios de aseo en una universidad, los empleadores le dan una alta relevancia a las responsabilidades domésticas de las candidatas a un empleo por lo cual tenerlos resulta siendo reconocido por el grupo de mujeres como un obstáculo para conseguir empleo:

*Digamos, de lo que yo he visto, ya que muchas compañeras les comentan a los funcionarios, porque ellos les preguntan: “¿usted tiene hijos?” [y ellas responden:] “que sí”, [y ellos continúan preguntando:] “¿cuántos hijos?”, [y ellas responden:] “que no, que tantos. [...] [Usualmente, los empleadores dicen:] “Que, porque usted tiene un hijo, ahora, ¿usted con quién va a dejar el hijo?, que usted empieza a pedir permiso, que usted no sé qué, usted no viene a trabajar por estar con el hijo en el médico”. No, hay que escuchar a las otras. Y eso es algo muy complicado y por eso es que yo no tuve hijos.*

Aparece aquí de manera palpable que algunos empleadores hacen preguntas que deberían ser declaradas ilegales en los procesos de contratación (porque no se refieren a la aptitud de la candidata para saber si puede desempeñar la labor para la que se la evalúa o no, y porque la información puede ser utilizada con fines discriminatorios). En suma, aunque las mujeres no cuidadoras no tienen responsabilidades de cuidado, de todas maneras enfrentan formas de discriminación que tienen que ver con la posibilidad de ser madres.



## 5. Comparación de las experiencias de mujeres cuidadoras y mujeres no cuidadoras

En el siguiente diagrama se presenta un comparativo entre las experiencias de las mujeres cuidadoras y de las no cuidadoras que participaron en la investigación. A grandes rasgos, se puede concluir que las mujeres cuidadoras emplean su tiempo en actividades de cuidado, su participación en el mercado laboral es intermitente y sufren de pobreza de tiempo porque no tienen espacio para actividades de autocuidado, ocio y descanso. En contraste, las no cuidadoras emplean la mayor parte de su tiempo en actividades remuneradas, lo que les permite negociar más la distribución de trabajo doméstico en sus hogares, establecer proyectos de vida privilegiando el desarrollo económico y laboral, así como la consecución de metas personales y la disponibilidad de tiempo para el autocuidado y el descanso. Contrario a lo que se piensa, las mujeres no cuidadoras, al igual que las cuidadoras, sufren de discriminación en el

mercado laboral porque son potenciales madres o cuidadoras principales de un tercer dependiente.





## 6. Conclusiones

Las mujeres no cuidadoras suelen emplear la mayor parte del tiempo en actividades remuneradas, y cuando estas terminan, tienen tiempo de ocio, descanso y autocuidado. Si bien las mujeres no cuidadoras suelen ocupar más tiempo que sus parejas o hermanos en trabajo doméstico, este no sobrepasa las cuatro horas semanales. La experiencia que relatan las mujeres entrevistadas en este informe sugiere que la reducción en las horas que las mujeres destinan a actividades de cuidado y trabajo doméstico les permite un aumento en las horas que destinan a su formación para el empleo o a aumentar su calidad de vida permitiéndoles tiempo adicional de descanso. A su vez, los beneficios más inmediatos de su participación en el empleo formal remunerado es que estas mujeres hacen aportes al sistema de Seguridad Social y con ello aumentan sus posibilidades (aunque ellas sigan siendo escasas comparadas con las de los hombres) de acceder a una pensión en la vejez. Además, la relativa estabilidad en el empleo con que cuentan y la experiencia laboral acumulada, usualmente sin períodos fuera del empleo, aumentan su independencia económica y su capacidad de negociación al interior de sus hogares. Los testimonios de las mujeres no cuidadoras que recogemos en este informe muestran que, al crear un proyecto de vida que privilegia la carrera profesional y la autonomía de tiempo frente al cuidado y la maternidad, las mujeres desafían estereotipos de género, tales como la idea de que para que una mujer se independice del hogar de sus padres y/o madres debe casarse o la idea de que al consolidar una relación de pareja o una familia la mujer es quien debe asumir la carga de la reproducción biológica, el cuidado y el trabajo doméstico. Para muchas de estas mujeres, la experiencia de cuidado que ven en otros miembros de su familia o en colegas del trabajo las hace reafirmarse en su decisión de no ser cuidadoras pues saben que no hay un respaldo institucional para el cuidado y que en ese ejercicio están fundamentalmente solas.

Por último, si bien el acceso al mercado laboral genera menos tensiones que para las mujeres cuidadoras de todas formas existen dificultades en esta vinculación. Por una parte, las mujeres no cuidadoras son presionadas por sus familias porque no cumplen con el estereotipo de género que privilegia a las mujeres en su rol de madres. Por otra, las mujeres no cuidadoras enfrentan tensiones en sus lugares de trabajo por la potencialidad de que se conviertan en madres, lo que, de acuerdo con sus experiencias, dificultaría su vida económicamente remunerada. De tener hijos, muchas de ellas lo dicen explícitamente o lo sugieren, su calidad de vida disminuiría y las tensiones vida-trabajo aumentarían.



## Referencias

- Badgett, M. L., & Folbre, N. (1999). ¿Quién cuida de los demás? Normas sociosexuales y consecuencias económicas. *Revista Internacional del trabajo*, 118(3), 347-365.
- Benería, L. (1979). Reproduction, production and the sexual division of labour. *Cambridge Journal of Economics*, 3(3), 203-225.
- Bertrand, M. (2013). Career, family and the well-being of college-educated women. *American Economic Review*, 103(3), 244-50.
- Charmaz, K. (2006). *Constructing grounded theory: A practical guide through qualitative analysis*. Sage.
- Crawford, N. M., & Steiner, A. Z. (2015). Age-related Infertility. *Obstetrics and Gynecology Clinics of North America*, 42(1), 15–25. doi:10.1016/j.ogc.2014.09.005
- DANE. (2017). *Encuesta Nacional del Uso del Tiempo*. Conjunto de datos.
- DANE. (2020). “Tiempo de cuidados: las cifras de la desigualdad”. Recuperado de: <https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/genero/publicaciones/tiempo-de-cuidados-cifras-desigualdad-informe.pdf>
- Dunson, D. B., Baird, D. D., & Colombo, B. (2004). Increased infertility with age in men and women. *Obstetrics & Gynecology*, 103(1), 51-56.
- Dunaway, W. A. (Ed.). (2013). *Gendered commodity chains: Seeing women's work and households in global production*. Stanford University Press.
- Hochschild, A., & Machung, A. (2012). *The second shift: Working families and the revolution at home*. Penguin.
- Tribín-Urbe, AM; Díaz-Pardo, G; Mojica-Urueña, T (2021) “Cuidado, economía y género: Una aproximación desde la literatura”. *Proyecto Quanta, Cuidado y Género*. Recuperado de: <https://cuidadoygenero.org/aproximacion-literatura>
- Vickery, C. (1977). The time-poor: A new look at poverty. *Journal of human Resources*, 27-48.
- Villamizar García-Herreros, M. E. (2011). *Uso del tiempo de mujeres y hombres en Colombia: midiendo la inequidad*. CEPAL.

## Anexos

### Anexo 1

Caracterización sociodemográfica de las mujeres no cuidadoras incluidas en este informe

Nombre	Edad	Nivel educativo	Ocupación	Tipo de trabajo	Ingresos mensuales	Localidad de residencia	Barrio de residencia	Estrato socioeconómico del lugar donde vive	Tipo de residencia	Estado civil de la entrevistada	Años de unión	Ocupación de la pareja	Nivel educativo de la pareja	Ingresos mensuales de la pareja
Andrea	35	Estudiante de doctorado	Docente universitaria	Formal	\$6.000.000	Chapinero	Chapinero Alto	Estrato 4	Propia (la está pagando)	Casada	10	Docente universitario	Doctorado	\$8.000.000
Consuelo	58	Bachillerato	Aseadora	Formal	\$1.000.000	Tunjuelito	Venecia	Estrato 3	Arrendada	Soltera	No aplica	No aplica	No aplica	No aplica
Federica	32	Maestría	Empleada en un colegio	Formal	\$1.800.000	Suba	Villa del Prado	Estrato 3	Arrendada	Unión libre	2	Ingeniero químico	Universitario	\$1.600.000
Herminda	29	Universitario	Empleada en un banco	Formal	\$2.000.000	Kennedy	Castilla	Estrato 3	Arrendada	Soltera	No aplica	No aplica	No aplica	No aplica
Lucía	32	Universitario	Diseñadora	Informal	\$3.000.000	Kennedy	Alhoa	Estrato 4	Arrendada	Unión libre	5	Publicista	Bachillerato	\$2.000.000
Mónica	35	Maestría	Docente de inglés	Formal	≈ \$5.000.000	Barrios unidos	San Miguel	Estrato 4	Arrendada	Unión libre	2.5	Docente de colegio	Maestría	\$6.000.000
Soledad	38	Tecnólogo	Conductora de automóvil solicitado por aplicación	Informal	\$2.400.000	Engativá	Villa del Dorado	Estrato 2	Familiar	Soltera	No aplica	No aplica	No aplica	No aplica

